



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

## TIPLES DE ÓPERA EMMA NEVADA



Tiene la ovación ganada  
cada vez que sale á escena,  
pero ¡ay! que como es Nevada  
está siempre constipada,  
fastidiando á Michelena.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El pastor y los corderos, por José Estremera.—La oración de un rey, por Luis de Ansorena.—Paliq, por Clarín.—El maleta descastado ó la víctima inocente, por Juan Pérez Zúñiga.—A mi Concha, por Eduardo Navarro Gonzalvo.—Bodas de plata, por Antonio Peña y Goñi.—Del buzón, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Emma Nevada.—Contrastes.—El de siempre, por Cilla.



En San Francisco el Grande se ha celebrado un solemne *Te Deum* en acción de gracias por el restablecimiento del rey niño.

Además de las personas invitadas, ha acudido al templo una colección numerosa de señoritas más ó menos bellas.

Siempre que el Gobierno organiza alguna función, ya sea civil ó religiosa, la juventud femenina acude llena de júbilo, porque sabe que entre el elemento oficial hay muchos caballeros bien parecidos, que buscan esposa. No todos los que asistieron á San Francisco enseñando las pantorrillas son casados; los hay completamente honestos, aunque decididos á constituir un hogar.

Por eso, sin duda, estaban allí muchas hijas de familia que habían obtenido billetes merced á sus buenas relaciones, y dirigían miradas de fuego á los elementos oficiales, como diciéndoles:

—Fijaos en nosotras, caso de que os hayáis decidido á contraer enlace. Aquí no hay trampa ni cartón: esta blancura del cutis es natural; estas carnes nos pertenecen.

Los elementos oficiales decían á su vez, contemplando los rostros divinos de las señoritas:

—Ocupamos una posición distinguida y tenemos derecho á este uniforme brillante. Estas pantorrillas son auténticas y heredadas de nuestros mayores.

La señorita de Guitarrín estuvo siendo objeto, durante la función, de las miradas de un joven vestido de guacamayo, que usa barba corrida y lunar de pelo.

Ella no hacía más que decir en voz baja al Sr. Guitarrín, padre:

—Papá, ocúltese usted todo lo posible para que no le vean ese gabán. Ha debido usted ponerse la levita, que está mucho más decente. Súbase usted el cuello, que se le sale la almilla....

El caballero del uniforme continuaba dirigiendo sus ojos hacia el sitio ocupado por la señorita Guitarrín, y de cuando en cuando arqueaba las cejas, en señal de sufrimiento amoroso.

Cuando terminó el *Te Deum*, el joven fué á colocarse cerca de su bella desconocida.

—Señorita—le dijo con voz balbuciente,—soy gentilhomme honorario, con uso de uniforme, y poseo además una tía en cuyo seno vivo. ¿Quiere usted admitir mi amor?

Guitarrín creyó oportuno contestar en nombre de su hija.

—Caballero—exclamó,—nosotros somos de muy buena familia, pero hemos sufrido pérdidas de consideración, porque á la mamá de ésta la tenemos en cama hace dos años con un espasmo abdominal, y un hijo que tenemos se nos cayó á la calle desde un piso quinto, y sólo en árnicá hemos gastado cerca de diez mil reales. Yo, en la actualidad, estoy al frente de una cerería y me han admitido un drama en el Español para el año que viene.

—No importa—replicó el gentilhomme,—su hija de usted se ha introducido en mi corazón, y deseo su mano.

En estas y las otras, los interlocutores llegaron á la calle, y allí la chica clavó su mirada en las piernas del enamorado galán, que las llevaba al descubierto, según costumbre de los gentilshombres, y parecían dos lapiceros con funda.

—Veo que se fija usted en mis formas—dijo él,—pero debo advertirle que, aunque flaco, disfruto de una excelente salud. Ahora estoy tomando el jarabe de brea, por pura distracción.

Después se pusieron á hablar en voz baja, y Guitarrín, que es bastante hambrón, dijo que de buena gana tomaría cualquier cosilla, porque había almorzado muy poco.

El gentilhomme invitó al padre y á la hija, y juntos penetraron en un café.

—¿Qué quieren ustedes tomar?

—Yo no tengo ganas—dijo la chica.

—Vamos, tome usted algo.

—No, muchas gracias.

—No me desaire usted, Conchita.

—Pero si....

—¿Quiere usted un refresco?

—Bien, pues que me traigan una tortilla de jamón—murmuró Conchita, relamiéndose mentalmente, pero ocultando sus impresiones.

Guitarrín pidió una chuleta de ternera, empanada, y salchichón.

—¿Quiere usted patatas?—preguntó el mozo.

—Bueno, también, y vino y mostaza y dulce de cereza.

El gentilhomme tomó una gaseosa de zarzaparrilla, porque es persona espiritual y aérea, según dice.

En el café se firmó el pacto amoroso entre Conchita y el gentilhomme; Guitarrín, entretanto, daba fin de la chuleta y se bebía todo el vino, diciendo con voz estropajosa:

—Nosotros en casa no lo bebemos porque es mucho gasto; pero nos gusta á todos, y particularmente á ésta. ¡Ay, caballero! El mundo es un valle de lágrimas; así que nosotros aprovechamos todas las funciones gratuitas para distraernos. Hoy hemos estado en el *Te Deum* porque nos dió los billetes un amigo, casado con una ama seca que crió á la niña de un senador. Si no fuera por estos espectáculos que nos proporciona el Gobierno algunas veces, pasaríamos la vida metidos en nuestro rincón. ¡Caramba! Lo triste ha sido que no había *ambigú*, y lo siento porque á ésta le gustan mucho los emparedados, y en la última fiesta oficial de los igorrotos, á que asistimos, se comió catorce ella sola, sin que nadie la viera. Yo me puse delante, fingiendo que escuchaba el discurso de Balaguer, y ella mientras se aprovechó todo cuanto pudo.

Conchita trata de evitar que el autor de sus días continúe refiriendo ciertas interioridades; pero á él se le ha soltado la lengua con el vino, y sigue contando una porción de cosas que ruborizan á la joven.

—Pues, verá usted—dice Guitarrín.—Nosotros lo que deseamos es colocar á ésta, porque una chica sin dote no es nadie en el mundo. El año pasado le salió un novio; pero ésta padece de cólicos biliosos, y el chico, en cuanto lo supo, se volvió atrás. A ésta lo que le perjudica es el abuso de las judías, porque no se ve harta y tenemos que quitárselas de delante. Después vienen los dolores de tripas y el sudor frío y las náuseas; en fin, en cuanto ve los alimentos se vuelve loca....

El gentilhomme comenzó á comprender que no era aquélla la esposa que él había soñado, y trató de retirarse después de pagar la cuenta.

Pero la joven le dirigía miradas amantes, y tuvo que acompañarla hasta la calle del Calvario, 58, donde dijo Guitarrín ceremoniosamente:

—Aquí tiene usted su casa y puede venir cuando guste, no siendo los sábados, que es el día en que ésta friega la cocina....

Estas y otras revelaciones hicieron comprender al enamorado galán que no todas las chicas que asisten á las ceremonias oficiales pertenecen á la aristocracia.

Y que hay padres francotes que debieran estar tirando de una carreta.

LUIS TABOADA.

## EL PASTOR Y LOS CORDEROS

Experto, vigilante,  
precavido y celoso  
era de sus corderos  
guardián el buen Jeromo.  
Para vivir alerta,  
tenía seis ú ocho  
mastines en su aprisco,  
cerrado á piedra y lodo.  
Decía á sus corderos:  
« Quién, en estos contornos,  
estará tan guardado  
como lo estáis vosotros?  
Gracias á mis desvelos  
como amo cariñoso,  
podéis vivir tranquilos  
y sin temor al lobo.»

Los corderos ¡es claro!  
reventaban de gozo  
y gratitud, al verse  
cuidados de aquel modo.  
Cuando los tuvo el amo  
bien rollizos y gordos,  
los iba al matadero  
llevando unos tras otros.  
Y al ver los infelices  
correr sangre del prójimo  
y que el cuchillo estaba  
al sacrificio pronto,  
así al pastor decían  
con un pesar muy hondo:  
« ¡Canario! ¿Y para esto  
nos guardabas del lobo?»

JOSÉ ESTREMERÁ.

## LA ORACIÓN DE UN REY

Porque saliese mejor  
la empresa que meditaba,

un día el rey consultaba  
con su sabio confesor;

y «No es posible dudar del éxito lisonjero— le repetía:—yo espero del enemigo triunfar. Mi poder no cede á nada, y en mis vastos arsenales hay millones de quintales de hierro para la armada. ¿Por qué esperar un revés? El cálculo es bien preciso.... ¡Pronto á mis plantas sumiso veré al monarca francés! Padre, ¿qué gloria mayor que ser del mundo admirado?» Y con tono mesurado respondía el confesor: «Bien, hijo, bien; mas no cuentas con lo que debes contar: con los arranques del mar y el poder de las tormentas. Vas de la victoria en pos y eres fuerte y eres bravo, mas, como todos, esclavo de la voluntad de Dios.

No hay poder sobre la tierra que alcance al suyo.—Lo sé.—Pues no te olvides de que, por ser bueno, odia la guerra.—¿Me aconsejáis el reposo del cobarde?—Sólo quiero verte menos pendenciero y un poco más religioso.... ¡Tus barcos no valen nada! ¡Tu pretensión es bien local! ¡Con un soplo de su boca Él hace añicos tu armada!» Y, después de meditar, el rey dijo de este modo: «Yo creo, padre, que todo, todo se puede arreglar. Pues tanto teméis que á Dios le desagrade la empresa en que mi honor se interesa, rezad por la armada vos.... —¿Y tú no lo harás? ¿No adviertes que por tí nace esta lucha? —Pues yo.... por si no os escucha.... ¡haré los barcos más fuertes!»

LUIS DE ANSORENA.

## PALIQUE

Un señorito llamado Orera, tan criticastro como cualquiera, de mí murmura.... yo no sé qué. (Pues ni lo leo ni lo leeré.)

Como soy siempre caritativo, ya que lo busca, le doy recibo: Conste que Orera ya está en el mundo y que es un crítico medítabundo.

\* \*

No haga caso el Sr. Orera de los versos, digámoslo así, que atrás quedan. Sí le leo tal, porque yo ando á caza de críticos nuevos, que nos están haciendo mucha falta, y en cuanto apunta un muchacho que *despunta* no le pierdo de vista. El Sr. Orera parece sincero, seriamente ocupado en estudiar y ganoso de comprender. Pero debe de ser muy joven todavía; se le conoce en la *inocencia* del estilo, en el candor de la imitación (en la cual le acompañan, no menos candorosos, otros que se jactan de muy corridos y hasta *imitan* citas, aficiones, genialidades, desdenes, desórdenes de la forma, etc., etc.) y en el apego poco reflexivo á determinadas doctrinas, admitidas porque sí.

Créame á mí que soy más viejo: no busque la notoriedad como la han buscado Bonafoux, Cortón, Juan Rina y otros, que después de andar por tantos senderos no la han podido encontrar.

El Sr. Orera pretende saber ya lo que es y lo que debe ser la crítica. ¡La crítica! ¡la crítica!... Deje usted, señor, que no faltará quien sepa lo que es. Usted estudie, estudie, escriba poco y críe malicia.

¡Para esto último, si le conviene, ejercítese diciendo perrerías de Clarín.... ¡Duro en él!

Pero que se conozca que no es reclamo, sino que es la indignación misma quien le hace hacer versos, ó prosa.

De todas maneras, á pesar de sus inocentadas y retóricas de colegial desenvuelto—ó Pepa la Frescachona,—el Sr. Orera no es antipático y puede llegar á ser algo.

Y nada, nada, ¡duro en Clarín!

Después de todo, más vale llamar la atención pinchando que adulando.

\* \*

D. Andrés Miravalles, hablando de un folleto mío, en *El Correo*, me dedica elogios que estoy muy lejos de merecer, etc., etc. Muchas gracias, etc., etc.

Ahora, que está de buenas el Sr. Miravalles:

¿Cree que tenía él razón cuando aseguraba que yo no entendía de modas, al calzar á un personaje, á quien quería suponer vestido á la última, con botas de punta cuadrada? Pues no, señor; el atrasado era él. ¡Yo había tomado las puntas cuadradas de la última revista de modas del *Figaro*!

Vean los críticos cómo, si muchas veces no se les contesta, no es por falta de argumentos.

Sino por tesón.

\* \*

También dice el Sr. Miravalles que me declaro partidario del *Rita 1.º* y del *2.º* y del *3.º* y de *Los Valientes* y de *El Señor Gobernador*.

Así es la verdad. Y no es porque no crea que entre el Sr. D. Cándido Martínez el Sr. Blanco Asenjo, el Sr. Herranz y otros Torromés van á restaurar el teatro español y ponerlo como nuevo. Sí creo tal, y hasta lo pruebo, ó creo probarlo, en un artículo que he mandado á otro periódico, con abundancia de datos, ó dígame ripios, de alguno de esos autores.

Pero, á pesar de que restauren y tres más, yo, para mi regocijo y satisfacción interior, prefiero las comedias sin pretensiones, pero llenas de chistes y gracia, de experiencia y *perfiles* de observación exacta y *sugestiva*, de Ramos Carrión y algunos otros; como, por ejemplo, Vital Aza, que en lo de no tener pretensiones es el primero, y si de algo abusa no es de la paciencia del público, sino más bien de los chistes de *palabras*, de los retruécanos y otras cosas por el estilo, que sólo dañan por lo mucho que abundan. No digo nada de Ricardo de la Vega, el cual, burla burlando, ha hecho, entre muchos preciosísimos *arabescos* cómicos, algunas comedias de costumbres populares de grande originalidad y de color vivísimo y fresco. También me gustan mucho, es claro, algunos sainetes de Burgos y de Sánchez Pastor; y me deleita Miguel Echegaray cuando no abusa de los ripios, ni hace víctimas de su *lirismo* humorístico á los pobres personajes. Y no cito otros nombres, no porque falten, sino porque no consintiendo-me la memoria acordarme de todos, más vale dejar á muchos en el tintero, para que se vea que no es ésta una de esas enumeraciones de mala intención, en que se habla de *casi todos* para molestar á los omitidos.

Si me acuerdo ahora de Sinesio es porque pienso que el pobrecito tiene que corregir las pruebas de este artículo, y porque al lado del elogio que le tributo por algunos de sus ensayos cómicos, le pongo el *pero* del desaliento en que me parece que ha caído, en cuanto á sainetero; desaliento que no se explica, pues teniendo su *facilidad* (la verdadera, la difícil) para hablar en verso, y viendo con tanta fuerza y originalidad como él ve el aspecto cómico de la vida, no hay razón para no insistir, empeñándose en más ardua labor. El mayor defecto de Sinesio Delgado es que.... por una caridad mal entendida, le corta á uno, al corregir las pruebas, los palitos críticos que van á dar á espaldas de amigos. No digo que incurra en ese pecado de omisión á menudo. Pero incurra. Y está muy mal hecho. Porque esos palos suaves, blandos, son una especie de *massage* que recomienda la higiene psíquica, como si dijéramos.

Por ejemplo, el otro día decía yo que las imitaciones de.... Bueno, callo; por esta vez sanciono el tijeretazo de Sinesio, por aquello de que la ley no tiene efecto retroactivo cuando se trata de mortificar al prójimo. Y vuelvo al teatro. Por supuesto, al teatro *por horas*, no al teatro *por siglos*, donde se expone uno á ver á un moro dando filtros, ó lo que es peor, una porción de caracteres sostenidos hasta el final, que no hay dios que los aguante.

Porque, señores.... ¡mucho cuidado con las recaídas!

Con motivo de la *Verja* que tanto tiempo ha tenido *cerrada* el señor Blanco Asenjo (escritor simpático, de temperamento de artista, noble y desapasionado, todo lo cual no quita que ripie como cada hijo de vecino), digo que con motivo de esa *Verja*, han hablado algunos gacetilleros, muy metidos en harina estética, de si convenía ó no restaurar el romanticismo.

¡No, por Dios no! No por el romanticismo, que Dios bendiga, sino por los disparates que habían de llamar romanticismo.

En estos asuntos de literatura española yo soy partidario de la teoría de Vico, no el cómico, sino el otro (*el otro Mercier*, como dice Cánovas), Vico el de la *Scienza nuova*. Sí, creo en los cielos, en la vuelta de los Herranz, Retes, Castro, Díaz, Larra y otros aparecidos.

Nada, nada; venga de ahí: flamenco en pequeñas dosis, de tarde en tarde y servido nada más por los maestros; costumbres populares, *interiores* burgueses de Ramos, Vital, etc., etc.; mucho *reventador* para los imbéciles intrusos, para los autores que van á estrenar, como quien acude con un vale á la tienda asilo; y así, esperando que Dios mejore sus horas, vamos viviendo, aunque sea con algo de vilipendio, no mucho.

¡Cómo se pondría Bremón conmigo, si nos tratáramos y yo le dijera que valen más, por ejemplo, *Los baños del Manzanares* que *Hija y madre* ó *No hay mal que por bien no venga*, de Tamayo y Baus!

¿De dónde ha podido tomar Ricardo de la Vega sus sainetes populares? De lo que ha visto y de su ingenio.

¿De dónde ha podido tomar Tamayo su *No hay mal que por bien no venga*?

Por lo menos, de sus preocupaciones.

\* \*

Por último, para lo flamenco, para el sainete y la comedia ligera de costumbres tenemos actrices y actores.

Para lo otro (q. e. p. d.) no les tenemos.

Verdad es que todo puede arreglarse.

Bueno; pero en el *interin* que no me restauren el romanticismo.

¡Ah! ni el realismo.

Cepos quedos, y venga de ahí. Pero sin faltar. Ni sobrar.

CLARÍN.

## EL MALETA DESCASTADO

Ó LA VÍCTIMA INOCENTE

(Cosa que, aunque haya pasado, te tendrá completamente sin cuidado.)

I

¡Qué robusta, qué hermosa, qué garrida era la tal Pulida! En casa del labriego Segismundo se hallaba recogida desde que vino la infeliz al mundo.

La quería el labriego, ya achacoso, como á su propio chico, ser odioso, de condición muy mala, de nariz contrahecha, cuerpo airoso, y llamado por mote el *Calaguala*.

# CONTRASTES



El poder de S. M. la peseta.

Trabajaba el rapaz de vez en cuando;  
mas como era indolente,  
gracias á la Pulida iba pasando  
su triste juventud medianamente;  
pero logró en Madrid un buen empleo,  
y á la Pulida..... la mandó á paseo.  
¡Ingratitud notoria  
de la que hay mil ejemplos en la historia!  
En cambio la Pulida, de la villa  
salió á regañadientes,  
y, ocupada en trabajos diferentes,  
á cien años sirvió la pobrecilla,  
sufriendo los quebrantos consiguientes.

## II

Era del mes de Abril una mañana.  
Ocupaba el chulapo, aunque sin gana,  
de su hermoso taller el mejor puesto;  
y al ver á la Pulida, siempre hermosa,  
pero triste, mohina y con mal gesto,  
acercarse hasta él, sin hacer cosa  
que ocultase la huella  
de su conducta infame  
(y dispéñeme el tal que así la llame),  
encaróse con ella,  
puso la cara fosca,  
sacó el acero de su vaina tosca,  
y, como al *Calaguala*  
en el dar y el quitar nadie le iguala,  
cogiendo por su cuenta á la Pulida,  
¡le dió un pinchazo y la quitó la vidal

Esto, caro lector, pasó, en resumen.  
Sólo resta decirte sin ambages  
(por si no ha dado en ello tu cacumen)  
quiénes eran aquestos *personajes*.  
El era el puntillero  
que ha existido de golpe más certero,  
y ella, lector, la vaca más honrada  
que ha muerto sin testar, y á mano airada,  
en la nave central del Matadero.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## Á MI CONCHA

Siempre tú, Concha infernal,  
aferrada á mi destino.

¡Te aborrezco, te abomino,  
te tengo un odio mortal!

Devorando mi honda pena,  
paso mi vida á tu lado,  
como el mísero forzado  
sujeto por su cadena.

Van quince años mortales  
de nuestro horrible consorcio,  
sin que muerte ni divorcio  
venga á mitigar mis males.

¡Y pensar que te he querido  
con tan entrañable amor!  
¡Cuánto me pesa, Señor,  
el haberte conocido!

¡Pensar que te pretendí,  
que yo te solicité  
y que, loco, ambicioné  
unirme por siempre á tí!

¡Con qué infantil alegría,  
bendiciendo mi ángel bueno,  
al cobijarme en tu seno,  
grité una noche: ¡Ya es mía!

Y hoy, en perpetuo luchar,  
¡no encuentro paz ni ventura!  
¡Cuántas noches de tortura  
me estás haciendo pasar!

En constante bienandanza

tú fuiste, en tiempos mejores,  
el ángel de mis amores  
y el iris de mi esperanza.

Y era tanta mi inocencia  
que, de tu seno al abrigo,  
pensé compartir contigo  
toda mi pobre existencia.....

Y entusiasta el corazón,  
me gritaba con locura:  
¡Esa Concha es tu ventura  
y tu sola aspiración!

Pero corrieron los años  
y, en cambio á mi afán constante,  
tú me ofreciste abundante  
cosecha de engaños.

Y hoy reniego de mi suerte  
y envidio la del vecino,  
y me quejo del destino  
y pienso en darme la muerte.

Y estas lúgubres ideas  
sólo tú me las inspiras;  
tú contra mi bien conspiras.  
¡Oh, Concha, maldita seas!

.....  
Y á su rabioso rencor  
sin poner dique ni traba,  
así á su *concha* increpaba  
un anciano *apuntador*!

E. NAVARRO GONZALVO.

## BODAS DE PLATA

SR. D. TOMÁS BRETÓN.

¡Infame, fementido, cruel é ingrato maestro! ¡No me faltaba más que ver! ¡Y lo he visto! ¡Y lo he leído! Sí, lo he leído una, dos y mil veces; y aquello que creía yo horrible pesadilla aparece ya ante mis ojos, nublados por las lágrimas, como espantosa, pavorosa é ineluctable realidad.

La Sociedad de Conciertos de Madrid, que usted dirige actualmente, va á celebrar este año sus Bodas de plata. Usted mismo lo ha anunciado en un modesto cuanto elocuente *boniment* que lanza usted al público madrileño y comienza del modo siguiente:

«Al cumplir el año vigésimoquinto de su fundación esta Sociedad, término llamado de ordinario BODAS DE PLATA, no puede menos de felicitarse muy cordialmente, entendiéndose bien que esta felicitación, este

aplauzo, más que á sí misma, dirígelos la Sociedad al ilustrado público madrileño, que tanto y con tal constancia la ha alentado y protegido en su culta y artística misión de difundir y ensanchar más cada vez el desarrollo del arte divino por excelencia.»

¿Conque divino, eh? Usted sí que es divino, pero divino de verdad, y por esencia, presencia, potencia y excelencia!

Veo que hay que refrescarle á usted la memoria y eso voy á hacer, si quiera como el único derecho, el del pataleo, que me queda para protestar contra el acto monstruoso, contra el odioso contubernio que se prepara usted á perpetrar.

¿Se acuerda usted del día 11 de Abril del año 1878? Aquel día memorable las campanas de la Corte convidaban á los aficionados «al arte divino por excelencia» á una fiesta de familia.

Usted me había hecho el amor, usted me había pedido en matrimonio, usted me había arrancado el dulce sí, arrullándome los oídos con halagadoras promesas, jurándome cariño eterno y dándome su palabra de honor de que nos casaríamos, seríamos felices y tendríamos muchos hijos.

Y no solamente me lo dijo usted á mí, sino también al inocente público madrileño, á quien soltó usted su manifiesto correspondiente. En ese manifiesto se expresaba usted en los términos siguientes, después de dar un bombo de cortesía á la Sociedad de Conciertos con la cual va usted á celebrar esas Bodas de plata criminales:

«En el concierto inaugural que se verificará el jueves 11 de Abril de 1878 se ejecutarán varias piezas aún no conocidas del respetable público madrileño; pero faltaríamos á nuestros propósitos si no dejáramos consignado, como representantes de los intereses de un crecido número de artistas músicos, que esta Sociedad tiene por misión estimular con ventajas positivas á los compositores españoles, enriquecer el repertorio de conciertos, dándole, con el auxilio de la masa coral, la variedad que tuvo en un principio este género de espectáculo, y formar su *Sección de Conciertos* con los instrumentistas que más se distinguen entre los asociados.

«Manifiesto nuestro plan, sólo nos resta pedir al público un apoyo que ha de dar por resultado lleguen á tener los conciertos el atractivo é importancia que han conseguido en otras naciones.»

¿Lo ha oído usted? Tales adulaciones me dirigió usted para engañarme, con tanta suavidad me hizo usted creer que la Sociedad de Conciertos de Madrid *no estimulaba con ventajas positivas á los compositores españoles ni tenía el atractivo é importancia que los conciertos han conseguido en otras naciones*, que caí en el lazo como una estúpida, entregué á usted mi blanca mano, me casé con usted legítimamente, y emprendimos la campaña contra la terrible rival á quien usted se proponía perseguir sin tregua ni descanso.

Dos años y medio próximamente duró nuestra luna de miel, desde Abril de 1878 hasta Setiembre de 1880, dos años durante los cuales usted engendró y yo di á luz sesenta y un conciertos (no dirá usted que fué estéril) y trabajamos denodadamente por los intereses del arte «divino por excelencia.»

El año 80 quiso usted que luciera yo mis galas en el extranjero, y me llevó usted á Lisboa, donde volvimos locos á los portugueses con diez conciertos, hijos robustos de mis fecundas entrañas.

Poco tiempo después, en el mismo año, le dieron á usted la plaza de pensionado extraordinario de la Sección de Música, y se marchó usted á Roma con el sueldo correspondiente y una pensión de tres mil pesetas anuales, debidas á la munificencia de Alfonso XII.

Cuando llegó el instante de la partida se echó usted llorando en mis brazos, me abrazó usted y besó apasionadamente — ¡oh terrible momento! — abrazó usted y besó también apasionadamente á nuestra numerosa prole y.... ¡memorias á la parienta! — No le he vuelto á usted á ver el pelo.

Regresó usted á Madrid, convertido en Attila musical, blandió usted el garrote de la literatura como un energúmeno, descargó usted palos á diestro y siniestro contra los maestros españoles, contra la zarzuela, contra los toros, contra la gramática, contra todo bicho viviente, y se erigió usted en Redentor del arte nacional de la Península Ibérica, islas adyacentes y posesiones ultramarinas.

Yo, entretanto, esperaba á usted enamorada, en el hogar doméstico, bajo el techo conyugal, rodeada de nuestros hijos, que habían tejido hermosa corona para ceñir con ella las sienes del genitor ausente.

¡Vana esperanza! Comprendí, desde luego, que los años transcurridos fuera de casa habían torcido las intenciones de usted y héchole olvidar los beneficios que me debía, los impagables servicios que había yo prestado á la reputación de usted.

Me resigné, lloré y esperé. Un día llegó á mis oídos una nueva fatal: me dijeron que usted, esposo legítimo mío, hacía el oso á la Sociedad de Conciertos de Madrid, á mi rival de antaño, á aquella para combatir y tratar de destruir la cual se había usted casado conmigo.

Palabra de honor que no lo creí. No; no podía creer que de tal manera faltase usted á sus deberes matrimoniales, solicitando los favores de una mujer á quien odiaba usted cordialmente y había declarado guerra sin cuartel.

Y, sin embargo, ¡oh fragilidad humana! la noticia se confirmó, la Sociedad de Conciertos de Madrid, que había ya repudiado tres maridos de la talla de Barbieri, Monasterio y Vázquez, puso los ojos en blanco al escuchar la declaración amorosa de usted y.... vergüenza me da decirlo, se metió usted con ella, se amancebó usted con ella y fué usted el Olivier des Grieux de esa Manon Lescaut de nuestras primaveras musicales.

Sí, Sr. Bretón, yo he de decírselo á usted aunque me cueste morir de un berrinche: usted no puede celebrar Bodas de plata con una querida, mientras viva y aliente la legítima esposa que abandonó usted hace años.

Usted no tiene autoridad ni representación para eso; y yo, la mujer ofendida, la mujer despreciada, la mujer abandonada, la mujer con quien se unió religiosa y civilmente, protesto contra ese crimen y presento aquí ante las autoridades un impedimento legal.

Cometer un delito horrendo, un delito penado por las leyes, como el que usted comete, y añadir todavía que se felicita usted por ello *muuy cor-*

*dialmente*, es el colmo de la poca aprensión y revela carencia absoluta de sentido moral.

Que Barbieri, fundador de la Sociedad de Conciertos de Madrid, hubiese dirigido sus Bodas de plata, santo y bueno. Las bodas de plata se celebran entre matrimonios felices, y yo doy de barato—y es mucho dar!—que la augusta Sociedad no haya tenido nunca cara ni hechos de suegra.

Pero que usted, amante un día desdeñado de esa Sociedad, casado después legítimamente conmigo, y amancebado desde hace algunos años con ella, anuncie ahora sus Bodas de plata, felicitándose por ello *muy cordialmente*, eso no lo puedo consentir sin la enérgica protesta que lanzo desde aquí con toda la fuerza de mis tuberculosos pulmones.

No tengo más que un consuelo, y es que usted confiesa que el término de veinticinco años asignado á un matrimonio se llama, *de ordinario*, Bodas de plata.

De ordinario, sí señor, de ordinario. No pueden ser sino muy ordinarias esas bodas que usted va á perpetrar. ¡Permita Dios que sean para usted, no de plata, sino de vitriolo, y dé gracias á mi honradez si no hago uso del líquido corrosivo, para vengar la afrenta que hace usted á su desdichada esposa.

Veo que la celebración de las Bodas de plata va á coincidir con el estreno de un oratorio que ha compuesto usted con el título de *El Apocalipsis*.

Ha hecho usted bien en inspirarse en las revelaciones de San Juan, en sus soledades de Patmos. Nadie puede pintar como usted *la fin del mundo*, y deseo ardientemente que el éxito de *El Apocalipsis* de usted sea tal que no quede uno para contarlo.

¡Adiós, Tomás; te odio, te aborrezco, te detesto, te abomino y te tuteo! Tu legítima esposa,—*La Unión Artístico-musical*.—Es copia.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

## DEL BUZÓN

«Muy señor mío y mi dueño:  
Firmo *Fulano de Tal*,  
pero daría mi nombre  
si hubiera necesidad.  
Y á lo que voy. Yo soy uno  
de esos que han dado en llamar  
*reventadores*, bastantes  
escritores en agraz.

Los revisteros me insultan  
continuamente. Me están  
colgando todas las silbas  
de algunos meses acá,  
y en la misma prensa busco  
defensa de igual á igual.

¡Sí, señor! ¡A mucha honra,  
soy reventador! Es más,  
lo seré siempre.... de todo  
lo que deba reventar.

Pues ¡qué! ¡Va á dar el teatro  
patentes de inmunidad  
á la ignorancia atrevida  
y á la sandez inmoral?  
Contestaré como el otro:  
¡jamás, jamás y jamás!  
Yo reclamo mi sagrado  
derecho de protestar  
y ¡por Dios! que he de ejercerlo  
constante, duro y tenaz  
para hundir en el olvido  
lo que me parece mal.

¡Y valor se necesita!  
porque casi siempre dan  
en tomarse confianzas  
los muchachos de la *clac*,  
y en cuanto hacemos abajo  
con los bastones tras tras,  
gritan ellos desde arriba:  
¡Peseteros! ¡Al corral!  
Y van soltando en la escena  
necedad tras necesidad,

y el público se incomoda,  
y los actores se están  
quieetcitos y empeñados  
en que lo hemos de tragar;  
total: que tiene que armarse  
un escándalo al final.

Pero ¿qué vamos á hacer?  
¡Aplaudirlos además?  
¡Pues, hombre, si aunque se grite  
hay autorcito que va  
y sale á que le llamemos  
todo lo que hay que llamar!

Y no es esto lo más gordo:  
lo que llega al colmo ya  
es que se anuncian las obras  
al día siguiente, y ¡plaf!  
nos plantan en los carteles:  
—¡Éxito fenomenal!—  
¡Hemos llegado á un extremo  
que no se puede aguantar!  
¿Qué se quiere? ¿Que el concurso  
diga con más claridad  
que le saben á demonios  
los buñuelos que le dan?  
Pues no queda desde ahora  
más recurso que llevar  
pistolas, y en el instante  
de acabar la obra, ¡zas!  
disparar, y dejar secos  
á la dama y al galán,  
¡á ver si de esa manera  
no la representan más!

Esta es mi humilde opinión.  
Suyo, *Fulano de Tal*.»

He recibido esa carta.  
¿Qué haré?... ¡Qué diablo! Allá va;  
nunca está de más que demos  
pruebas de imparcialidad.

SINESIO DELGADO.



«En el servicio activo del ejército portugués figuraban diez generales con más de setenta y cinco años de edad.»

¡Ira de Dios! Pues ¿cuántos generales hay en Portugal?  
Por supuesto que eso está en la masa de la sangre, y bien se conoce que somos hermanos.

Nos gastamos el dinero en príncipes de la milicia.

El día que Juan se muera  
su padre se queda tuerto,  
pues toda la gente dice  
que Juan es su ojo derecho.

ALEJANDRO NIETO.

Un señor concejal, con el mejor deseo del mundo, ha presentado un extenso proyecto para aumentar la recaudación de consumos.

Proyecto inútil si se admitiera el mío.

Con que el autor pagara una peseta de multa por cada falta de sin táxis, estábamos al cabo de la calle y sin deuda municipal.

Libros.

*El buen feromo*, poema en cuatro cantos, por D. Luis de Ansorena, con una carta de Campoamor. Nuestros lectores conocen un fragmento publicado hace quince días. Precio, una peseta.

*Por Francia y por Alemania*, crónicas de la Exposición, por D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán. El grandísimo éxito de la primera serie de estas crónicas, titulada *Al pie de la torre Eiffel*, indica claramente la importancia excepcional de esta obra. Claro está que esta segunda parte obtendrá la misma merecida aceptación que la primera. Un tomo publicado por La España Editorial. Precio, 1,50 pesetas.

La misma empresa ha editado una preciosa novela de nuestro compañero y amigo Federico Urrecha, cuyo solo nombre es una garantía para los lectores de buen gusto. Titúlase la novela *La estatua* y está ilustrada con muchos fotograbados de dibujos de Blanco Coris. Por falta de espacio no copiamos en este número un capítulo. A ser posible, lo haremos en el próximo.

*La señora de Villemor*, novela de Luis Letang, traducida por C. T. y publicada también por La España Editorial, que á la cuenta es de lo más fecundo que se estila en empresas de este género. Precio, 3 pesetas.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sra. D.<sup>a</sup> E. M.—Madrid.—¡Bonito asunto para tratado por una señorita!

Sr. D. E. C. M.—«A la llama de la aurora cenicienta» es un verso que tiene más sílabas de las reglamentarias, y la aurora no tiene llama, y *cenicienta* no es consonante de *abierto*, que viene después. Esto en un cuarteto solo.

*Meialda*.—Efectivamente, no es publicable eso.

Sr. D. Q. E.—¡Jesús! ¡Cuántos disparates juntos! ¡Con decir que la composición empieza así:

«Nació el sol por occidente.»

¡Mire usted que es casualidad!

*Chatote*.—El verso «La chica que es muy lista» es corto. Y con esto no canso más.

*Guanche*.—Los romances, en cuanto uno se descuida, resultan pedetres y parecen de ciego....

*Palillo*.—Pues verá usted: eso lo publicamos ya nosotros con la firma de un granuja, que ojalá haya reventado á estas horas, y luego resultó que era de otro caballero. Y ahora viene usted, ¡oh inocencia personificada á ver si cuela!....

Q. K. *Racha*.—Ni tienen intención,  
ni tienen interés,  
ni puedo aprovechar  
ninguna de las tres.

*Orfeo y Cascabelito*.—Versifican ustedes bien los dos. Es lástima que se paren poco á pensar los asuntos.

*Uno de tantos*.—Desdichadica es la forma.

Sr. D. T. C.—Madrid.—No, por Dios; versos en serio á la señora de sus pensamientos....

Sr. D. D. H.—Badajoz.—Se recibió su carta oportunamente y está hecha su suscripción hasta fin de Enero del 91.

Sr. D. J. M. M.—Pues mire usted, no deja de tener incorrecciones.

*Fernán-Pelo*.—¡Discusión pediais!

Por esa razón  
quedó suprimida  
la contestación.

Q. *Amena*.—Pero ¿qué adelantan ustedes con perder el tiempo en esos juegos de palabras?

Sr. D. M. M.—Granada.—Yo voto, por si hay empate,  
que eso es malo de remate.

*Kruet*.—¡Claro! Como vamos *hacia* Carnaval, ya está usted ensayando picardihuelas.

Sr. D. C. C.—Zaragoza.—¿Qué sosearía!

*Perico y yo*.—Pues Perico y usted también podían vestirse de máscara y dar una broma á cualquiera.

*Beni-Casi*.—Para jardines Granada y para versos cojos el último.

*Orfeo*.—¡Qué porquería! Graciosa, pero porquería. Están bien las cuatro, y puede acabar como usted quiera.

*Karita*.—Pues hacen ustedes mal, porque eso es dejar la sustancia.

*Aficiones*.—Es imposible, por los contratos hechos anteriormente.

¿Tengo disposición?—¿Para qué? Para hacer versos, poquita, á Dios gracias.

MADRID 1890.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934.



No faltará el *sprit* ni el buen humor  
mientras haya sujetos con candor.

Edt. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

## ANUNCIOS

### MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS  
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

#### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

#### PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

### LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

### PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

#### COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

*Sin encuadernar.*—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

### ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.